

Se dice que tiene la cabeza y los puños palpitantes. Suele abrir los ojos en la noche a fuerza de tanto pensar. Canta y juega no para atraer a alguien; es sólo que no lo puede evitar. Hay quien afirma haberle visto los impulsos: corren historias sobre lo filosos que pueden ser. El género es incierto: se han visto huellas de macho y de hembra. Dejó escrito algo: “Lo que enloquece es la incongruencia”. De eso se deducen dos cosas: o que lucha desesperadamente para mantener la cordura, o bien, que simplemente ya se rindió.

No hay manera de reclamar nada. Una concesión del contrato que nadie escribió. Una sentencia que nos une y nos mantiene encerrados en un cuarto de hotel. A veces con orgasmos, a veces sin ellos. Por lo general, cumpliendo cada quien con los gemidos respectivos.

A veces quisiera salir corriendo y no volver a verte, pero me sorprende llamándote o me propongo callar para que tú me llames. Inmediatamente sé que la escena siguiente se repetirá en ese cuarto de hotel, entre tus piernas; con tus ojos cerrados y tus brazos en otro cuerpo que no es el mío y que sólo a veces, muy de vez en cuando, apenas me rodean pero no me abrazan.

A veces creo que se nos acabó el encanto y pareciera que el destino se encargara de amarrarnos haciendo que la noche siguiente sea colosal. Y cuando eso sucede, siento que me enamoro. Siento que me ves a los ojos y hasta me atrevo a decirlo en voz alta: “Te extrañé”. Y fantaseo con estar todas las noches contigo: construyo castillos enormes, laberintos floreados y tormentosos. Pero la distancia, el silencio y la ausencia me hacen ver que las aspiraciones que se me escapan de la imaginación parecen tener lugar de partida, pero nunca de llegada.

Yo escribo... ¿Y tú?

Tú duermes y me reclamas mi insomnio cuando no te permite brindarme más placer que el que pueden proporcionarme tus energías de reserva. Tú duermes y caes en un sueño tan profundo mientras que a mí me toca caer en picada aquí: en esta cama vacía en la que estoy con tu cuerpo inanimado y exhausto. Yo trato de volar. No sé a dónde... pero es que es tan difícil partir con un cuerpo tan pesado como el tuyo.

¿Qué día es hoy? ¿En qué día caerá la próxima cita?

A veces siento que me voy a quedar toda la vida con los ojos abiertos. Así soy: de la noche, despierta en la madrugada y con las manos hormigueantes a las cuatro de la mañana. Esperando a que hables, a que despiertes y me adviertas. Debería perder la esperanza; debería saber que todo esto no es cierto. Que me encuentro dentro de una pesadilla a la intemperie. Debería soñar con encontrar unas pupilas expectantes que puedan compartir esos instantes conmigo sin reclamos ni contratos.

Quisiera volver a soñar con esas manos en mi vientre queriendo atravesarme toda; queriendo poseerme con todo y por todo. Con los brazos incondicionales de la pertenencia, con un beso matutino y un abrazo que dure todas las noches del mundo. Quisiera, quisiera, quisiera pero se me acabó. No sé qué, pero se acabó. Eso no está, eso no es y no sé si será. Eso ya no se espera ni se busca; tampoco se puede olvidar. Eso sencillamente se deja a un lado y uno tiene que despertar por las mañanas y vivir su vida sin besos matutinos, sin desayuno listo, sin flores, sin brazos...

No es falta de esperanza, ni pesimismo, ni desaliento, ni rencor. Es la vida y punto. Es.

Es, cuando uno se levanta con el mismo cuerpo en el mismo estado y con la misma temperatura; con los

mismos olores y las mismas carencias. Es, cuando camino por las calles y veo a las parejas abrazadas y fulgurantes. Es, cuando veo a las princesas salidas de sus cuentos para esperar a sus príncipes azules. Es, cuando me río y cuando lloro. Es, cuando no me abrazan y cuando me miro en el espejo. Es, cuando no duermo en las noches y me lastima el sol de mediodía.

Es, cuando tomo café y cuando escribo.

Es y punto.

El tiempo nos ha hecho celosos y susceptibles. Dices que “a veces” me piensas. Es lo que más presente tengo de la última visita furtiva. A veces. A veces... Como si fuera un comentario al aire que, ambos sabemos, pesa como plomo. Me lo dices desde el baño del cuarto, como a cien kilómetros de distancia. Callo. Me dejo llevar por el torbellino sin oponer resistencia para no volver a fracturarme.

Bien. Ahora que sé que has decidido dejarme en el plano del “a veces”, voy por ti. Me subiré en el caballo del relato de mis días, cabalgaré hasta la torre donde estás escondido. Lucharé contra el dragón de tu indiferencia y te traeré de regreso. Es cosa de ser paciente y contumaz.

Voy por ti. Sin espada ni armadura. Sólo yo en este caballo que tan bien conoces.

Duermo a intervalos. No me quito la ropa; no distiendo las cobijas siquiera. Me quedo con las botas puestas para inmovilizarme en la medida de lo posible. Hago que la

incomodidad me levante. El despertador suena cada dos horas. Trato de terminar los bocetos; duermo un poco si mi ansiedad me deja o si la carga de trabajo no es mucha. Esta semana creo que sólo he dormido cinco horas de corrido. Sólo me he desnudado para bañarme en las mañanas. He tomado café como pocas veces. Mucha presión. Poco sueño. No sueño o no recuerdo lo que sueño o no sé si sueño que duermo.

El lunes no trabajo y tendré toda la mañana antes de que las serpientes de mi terco sentido del deber me obliguen a continuar por la tarde. El domingo espero descansar porque la semana que le sigue tengo entrega. Ven a mi casa el domingo en la noche. Desnúdame. Quiero dormir desnuda otra vez. Dame vino de tu boca. Arrúllame. Mira mis ojos cerrados e imagina lo que sueño. Huéleme. Déjame depositar mi cansancio en tus brazos. Dime que soy hermosa y acaríciame el cabello hasta que me duerma. Al menos, eso. Al menos espera que me duerma.

Y yo a tu lado, náufraga de tus sueños, sintiendo la suavidad de tus hombros y recorriendo tu torso con la yema de mis dedos.

Encontrarás mi cuerpo lleno de lunares. No hay marcas. Nadie ha pasado por aquí. Nadie. Estoy limpia; limpia para ti. Me puedes escuchar. Me puedes despertar. Me puedes desmembrar. Me puedes arrullar. Me puedes arruinar. Le hablo a mi nostalgia. Suelto y suelto las pa-

labras. Tengo las manos vacías. Qué bueno que no estés. Qué bueno que no vengas. Qué bueno que desaparezcas. Mejor así: sorda y ciega. Para no oír tus látigos, para no ver tus señuelos. Para no tragarme los engaños. Para no volver.

Está lloviendo mucho. Con la lluvia siempre me acuerdo de esa vez que llegamos empapados y lo primero que hicimos fue darnos ese baño de agua tibia para no enfermarnos. Muy a tu pesar, nos tuvimos que quedar toda la noche porque la ropa necesitaba tiempo para secar.

Siempre que llueve así me dan ganas de un baño de agua tibia como ese. Y a veces me lo cumplo pero tú no estés. Me conformo entonces con la toalla que me recibe siempre con esa temperatura perfecta, lista para contenerme con todo y la humedad.

El deseo se grita o se calla. En algunos casos se puede contener; siempre dependerá del momento, el lugar y la circunstancia.

Yo lo puedo callar un tiempo; mantenerlo en el sótano golpeando frenéticamente las paredes de mi frágil paciencia. Pero cuando pienso en ti, Minotauro... cuando pienso en ti se me sale por los poros, se me escurre por toda la piel.

Me crece como el largo de los cabellos; me crece con los cabellos.

Si me conocieras en tu ausencia podrías saber del sabor que tienes en mi dermis por las noches, cuando la

madrugada me acompaña para no pasar sola el insomnio.

Es que te me sales; te me sales del cuerpo cuando no estás dentro. Te me rezumas de entre las palmas y es entonces cuando las manos se me entrelazan en todo el rededor del sexo y entonces mi vulva cobra vida y te llama a gritos. Te llama a gritos porque tu nombre lo conoce muy bien.

Me siento estallar en cualquier momento, en cualquier lugar, en cualquier circunstancia: en este instante, desde ayer, desde anoche, desde que no estás, desde que me vine la última vez, desde que empecé a escribir la primera línea; desde hace mucho, desde hace poco, desde siempre.

Este sordo silencio sólo puede ser la señal de que lo peor acaba de ocurrir; de que lo que sigue es el dolor que tratará de habitarlo todo. De que habrá que empezar de cero otra vez.

Pareciera que te debo algo como para desear de este modo tan desatado, tan definitivo, tan insolente.

Es la terribilidad de saberme tan tuya. Tan penetrada. Es la angustia que me desvela. Estos ojos se me cierran pensando en ti... suponiendo, fantaseando, reclamando, dudando. La aplastante certeza de que te necesito más que nunca. La terrible pregunta de por qué no me llamas. La tinta de la pluma que se me acaba.

Lloro. Lo hago sabiendo que nadie vendrá. Que nadie escucha. Que pronto tendré que aprender a nadar porque no falta mucho para que esto sea un mar.

Y este insomnio. Este maldito insomnio que me tiene agarrada sin dejarme soñar.

En estos momentos, frente a la pantalla, en medio de las propuestas más absurdas y sin pista de aterrizaje, repentinamente pienso en ti. Pienso en esa capacidad que me das para cerrar los ojos. Me es incontenible y lo tengo que escribir. Puedo abrir los brazos.

Por cierto, estuve gimiendo mucho tiempo y conseguí venirme dos veces. Supongo que sabes que grité.

Ya no puedo respirar. Parece que el deseo se me fue de los labios. Quiero ver en mi almohada un pájaro y no veo nada. Ojalá se me pusieran las manos como el fuego. Ojalá tu cuerpo me fuera más ameno, menos doloroso. Ya es tan sólo un muro de espalda. Tu miembro dentro, nada más. Ya no puedo repetir tu nombre ni masturbarme en tu memoria.

Hoy tu olor era tan fuerte, tan humano. A veces tienes un humor que sólo se soporta en momentos de desmedido deseo. Y hoy yo estaba tan tranquila; preocupada pero —en la medida de lo posible— tranquila. No quería que me penetraras más. Sólo quería que te vinieras y todo se acabara.

Es tanta la angustia. Es tanta la desesperación. Es tan grande tu cuerpo. No sé qué pasa por tus pensamientos y las manos me hormiguean sin cesar y siento que estoy a punto de morir todo el tiempo.

Recuerdo cuando morí en tus brazos el día en que



te miré con fuego y tú sólo eyaculaste. Recuerdo el día en que te abracé con una fuerza que desconocía tener y te recuerdo cerrando los ojos. Recuerdo el día que renuncié a mi deseo para decirte que mis brazos estaban abiertos. Lacerados y abiertos. Recuerdo tu indiferencia y me recuerdo lejos de ti. Sanándome.

Lo sabes, Minotauro: me enamoré de ti porque de todas las balas, fuiste la más perdida. La que me atravesó de repente. La que me supo callar.

A veces quisiera volver a enamorarme pero no puedo. Aunque te mire desnudo y ahora pueda encontrarte la fealdad; en realidad eso es algo que puedo tolerar. Tus olores son más corrosivos y penetrantes. Ahora tus olores son de verdad.

Tengo que vomitarte, Minotauro. Vomitarte hasta que se me deje de enchinar la piel cuando te pienso. Me aferro. Aquí sigues. Como el cabrón. Como el macho cabrío que siempre fuiste. Me lo repetiré como una oración esta noche: existo y soy sin ti. Existo y soy sin ti. Existo y soy sin ti. Existo y soy sin nadie. Para nadie. Sólo yo, desde siempre.

Si lo único que tengo es esta furia, que me abrace entonces. Que acabe conmigo. Que me dé un nombre. Volando en pedazos volveré a encontrar un lugar.

Me pregunto si hay manera de que lo entiendas. No, no la hay. No te puedo dar más explicaciones. El punto es que no puedo más. Es que ya no puedo esperarte, ni tolerarte, ni escucharte.

Ya no quiero. Por favor, ya no. No más. No más noches esperando una llamada tuya; no más noches en las que duermas y me dejes absolutamente sola. No más noches en las que me pidas que sea una puta.

Eso no es lo que quiero; eso no es lo que necesito. Necesito que me escuchen, necesito que me abracen y eso es algo que no puedes ni estás dispuesto a hacer y yo no te puedo exigir algo que no crees; algo que no puedes dar porque no tienes.

Me tengo que ir y te juro que nadie lo lamenta más que yo. Nadie porque tú sólo te enojarás y te parecerá todo una tontería. Otro de esos motivos que te doy para alimentarte el fastidio y para que te echas a correr.

No lo vas a sufrir, no vas a compartir la misma ansiedad que yo, noche a noche, sin besos ni olores que no sean los tuyos.

Tú siempre tienes a alguien más. Siempre. Nunca pude ser única.

Necesito irme, volar, encontrar. Permanecer aquí sería envejecer esperándote siempre.

Dime: ¿a cuántos miles de recuerdos estoy de distancia? Para saber el calibre de las balas que tengo que gritar.

En realidad esto es una desesperada y callada llamada de auxilio. Porque no puedo salir de ti, de mí, de aquí. De nosotros. Auxilio porque me perdí en una tormenta de desierto, porque naufragué. Porque me sorprende en la sentencia de haberte elegido para nunca pisar tierra firme. Porque yo tampoco sé cómo mantenerme en el mismo lugar.

Esta noche voy a tomar aire. Me hago la promesa de no lanzar los cuchillos a la menor provocación. Esta noche me voy a sosegar. No engulliré otros cuerpos para limpiarte de la piel. Cambiaré el café por té de siete azahares. Esta noche no quiero que las hormigas de la tristeza se lleven los dulces de mi sonrisa. Dejaré mi huella sobre el papel sin buscar desesperada el color, la línea, la forma o el contenido. No delinearé nada ni me arruinaré la noche tratando de hacer una propuesta concreta.

Me pondré la pijama y aceptaré que no soy invencible. Me meteré a la cama sin tratar de medir sus extensiones. Me concentraré en habitar yo sola las sábanas. Yo basto. En cualquier momento puedo ser suficiente.

Esta noche, así está bien.

¿Cuál es la necesidad? Acéptalo: es vanidad. Sólo lo haces porque estás en edad de comprarte una casita y mantener a una mujercita que te prepare un almuerzo. Sólo porque necesitas que la gente se entere de que puedes. Luego te comprarás un perro para tu casa de abogado.

Tú no eres un toro nacido del mar. Sólo eres un abogado. Y lo único que hacen los abogados es meterse en problemas. Bueno, ahora serás un abogado con su ama de casa y vas a poder hacer un ramillete de hijos con tu apellido.

Yo no sé de dónde te nace el amor que decides estas cosas tan rápido. Como si la oportunidad fuera un tren que nunca más vas a tener. No te preocupes; la puedes dejar ir porque los solteros pudientes están muy aquilataados estos días.

Yo no necesito que me mantengas. Sólo que no

tengas las fauces tan abiertas cuando te apareces por aquí. Pero eso sólo yo lo puedo entender: que tú eres como las boas constrictor que no matan; abrazan. Sólo que días como hoy, aprietas de más y siento que se me acaba el aire porque ya no tendré espacio en tu nueva vida de señor perengano de tal. Sólo estaré en las tarjetas de presentación que te diseñé. Ahí me verás siempre. Así pasaré de mano en mano anunciando tu nombre, tus generales y callando este, tu otro lado.

Dime la verdad... ¿sólo es conmigo, verdad? Como conmigo te anillas todo, no necesitas darme un anillo de compromiso. Sólo yo pido los abrazos tan estrechos y tan sin aire. Esos que son lo que me queda de mi padre. Son un regalo que siempre le agradeceré: abrazarme con su torpe cariño hasta dejarme sin aire.

No vuelvas. Te quitaste la mitología toda de una sola vez. Vete, vístete de fiesta, baila en uno de esos salones grandes donde sirven crema de elote, espárragos o champiñones; ponte vulgar y vete a pretender que la luna es de miel.

Anda. Apúrate porque cuando te pones predecible eres insoportable.

El odio como el más fuerte de los opios. Como remedio. Como deseo. Como la única manera de conocerte otra vez. Y es que mira, odiar es el más viejo de los rituales, la más laboriosa de nuestras costumbres. Es nuestro único legado. Nuestra huella digital.

Era la 1:00 am, aproximadamente. Yo, prodigiosamente ebria, hablaba de mi bestia mitológica. Ironizaba sobre los planes que tenía para pedirle matrimonio; menospreciando el anillo de compromiso que no era para mí. Ese nombre es de un rosa y de una estupidez insoportables: “anillo de compromiso”.

Celebraba en una fiesta ajena para ver si entre el bullicio podía salir a vomitar el corazón. Hablé de su boda, de mi ego, de su enamoramiento, de la devastación, del tiempo que he resistido y de mi próximo renacimiento. Dije que mis ojos no tenían más paisajes para él; me dije que su compromiso de anillo era mi oportunidad para borrarlos por completo. Entonces me llegó un mensaje que decía:

*Era mi novia. La novia era clara como un trozo lleno de luna blanca. He buscado sus pechos blancos: eran finos y tibios como una fruta madura cerca del corazón. Mi mano ha llegado por los caminos blancos a sus pechos claros y blancos. Antes he tenido que separar una camisa blanca llena de luna blanca.*

¿De qué poeta barato sacó eso?

Mi piel blanca... ¿Era mi piel blanca el trozo lleno de luna blanca? ¿Los que estaban escritos eran mis pechos claros y blancos? ¿Era yo?

A la 1:28 am, llegó el otro mensaje que tanto había esperado:

*Voy por ti. Dónde estás.*

Era yo. La de los senos finos y tibios era yo... Pero yo

nunca fui su novia. Me reí y volví en mí. Estábamos lejos pero llegó rápido montado en esa yegua de hierro que lo hacía sentirse niño malo.

Vámonos lejos, Minotauro. Aunque esté lloviendo, aunque la noche esté cerrada. Vámonos porque se me acaba la embriaguez.

Una semana.

Uno puede apartarse del mundo y no pasa nada. Una semana para comprobar que este lugar no es indispensable. Una semana en la que todos transitan la vida mientras yo pude permanecer en la lateral. Estando sin estar. Es más sencillo así. En la oscuridad las montañas dejan de ser montañas y pierde sentido ponerse a escalar. En la oscuridad ya no hay que subir nada. En la oscuridad uno sólo está. No hay nada que dudar ni comprobar.

Yo no quiero luz al final del túnel. No la necesito. Ni la busqué ni la encontré.

Yo sólo quiero quedarme en la lateral.

“Fractura a nivel del temporal irradiado hacia el occipital con traumatismo directo sobre la masa encefálica con una hemorragia subdural entre las meninges.”

Y además de las quemaduras de la piel... ¿alguna otra cosa? Aquí se ponen muy sofisticados para decirle a una persona que de ahora en adelante será imbécil.

No sé...

No sé...

Tampoco...

Julia. Me llamo Julia... Hasta donde recuerdo siempre me han dicho Julia.

Espere. Ya me acordé. Julia Frankenstein.

Pues invente el apellido si quiere. Yo no le diré a nadie que una de todas las enfermeras que vienen lo cambió.

¿Damián? Pues ahí está, ya lo tiene: Julia Damián.

No es que yo no coopere. Para qué me pregunta cosas de las que siempre sabe la respuesta correcta.

Por fin voy a piso. Como ese personaje de no sé qué mitología que por fin sale a la superficie después de estar en las profundidades. Necesito salir de esta penumbra. Que me crezca el cabello. Que ya me quiten las costuras del cráneo. Que me salga musgo. Que me salgan flores porque siento que me voy a secar desde muy adentro. Que vuelva a ser un río con todo y peces. Por favor.

El diablo debe oler como huelen los hospitales. El diablo debe habitar en los hospitales. Yo siempre he sabido ser amiga de los monstruos pero esta vez no sé si pueda con tanto dolor: esta vez me da miedo que no alcance la anestesia.

Tomarlo con calma, dicen. Que mire la fortuna de ser atendida aquí, dicen. Las enfermeras deberían escuchar su propia voz con esas palabras para que se den cuenta de lo estúpido que suena.

La de versiones que han corrido sobre el suceso:

desde las más lógicas hasta las más milagrosas.

Como haya sido, sólo tengo la certeza de que no me alcanzó la fuerza de los brazos para asirme por completo a ti, Minotauro. Por más que busco, es todo lo que puedo recordar.

Cuando salgas ven a verme. Por favor. Sólo por favor, avísame. No vayas a llegar de sorpresa. Me tengo que arreglar.

Despertar, comer cartón, esperar, moverse lento, tratar de conservar el equilibrio, ir a orinar y cagar. Casi todo con ayuda de alguien. Esa es la secuencia. Afortunadamente mi madre trajo un cuaderno y los colores más decentes que encontré.

Cómo me gusta el olor de los lápices de madera y del papel. Eso ayuda a no morir. Ponerme a pensar en una caligrafía sobria y nunca antes vista, en la potada de un libro imaginario, en los ácidos personajes animados que nunca te gustaron.

Te hice otra tarjeta de presentación. La verdad es que dibujada me gusta más. Cuando llegue a la pantalla será una tarjeta de presentación cualquiera. Me encargaré de que no te veas en ella como un ordinario abogado.

Empecé de a poco, pero cada vez puedo mantenerme en el cuaderno por más tiempo.

Fuera de eso, aquí no hay nada que quiera contar. La labor cotidiana de descomprimirme el cerebro no es algo de lo que sea emocionante hablar. Eso lo hacen los medicamentos; yo no tengo que intervenir.

Los hospitales se deben olvidar rápido para que uno pueda salir de ellos lo más pronto posible.